

Sergio Miranda Pacheco

“Presentación. La ciudad, la historia  
y los historiadores”

p. 7-14

*El historiador frente a la ciudad de México  
Perfiles de su historia*

Sergio Miranda Pacheco (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

304 p.

Ilustraciones y gráficas

(Serie Divulgación, 12)

ISBN 978-607-02-8332-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historiador/perfiles.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## PRESENTACIÓN

### LA CIUDAD, LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES

Situado frente al fenómeno urbano europeo de la segunda posguerra, Henri Lefebvre llevó a cabo una reflexión con plena vigencia en nuestros días: el fenómeno urbano o la ciudad desconcierta al estudioso de lo “real” por su enormidad y complejidad, una doble condición que rebasaba —y sigue rebasando— los medios normales del conocimiento y de la acción práctica, frente a lo cual recomendaba el camino de la investigación transdisciplinar, el análisis dialéctico y la síntesis.

En su ensayo “El fenómeno urbano”, Lefebvre convocó también a construir y desarrollar una teoría del conocimiento de la que ya entonces se reconocía como el destino ineluctable del ser humano en el planeta: la realidad urbana.

Dicha teoría se hacía necesaria entonces porque los métodos de la ecología, la morfología, la geografía, la demografía, la psicología, la sociología, la economía y la historia no habían sido capaces, por sí solos, de ofrecer un conocimiento exacto y profundo de la realidad urbana. Por el contrario, sus resultados hacían parecer como real lo que era ideología, y tanto sus análisis de las relaciones sociales como los de las de producción y consumo aparecían despojados de su proyección y significación urbano-espacial.

Al concebir a la ciudad como totalidad y no como un objeto más de la realidad, Lefebvre reconoció también que ésta no es susceptible de ser estudiada por una ciencia o método en particular. Más bien exige un relativismo metodológico y un pluralismo epistemológico, como el que puede realizarse mediante un análisis dialéctico. Así, la realidad urbana viene a ser una problemática a desentrañar cuyas claves se manifiestan en las contradicciones históricas entre el espacio urbano y sus contenidos, los cuales bien pueden ser simbólicos, políticos, económicos, sociales y culturales.

Sin embargo, las interpretaciones limitadoras y parciales de lo urbano —que moldearon el pensamiento científico a mitad del siglo XX— subordinaron sus significados a teorías que suprimían el valor específico y diferenciable del espacio, tal como hicieron, por ejemplo, los urbanistas al reducir la realidad urbana a los principios de la planificación; los geógrafos al lugar; los demógrafos a las tasas y curvas de crecimiento; los economistas a la producción, consumo, renta, sectores y clases; los politólogos al poder, y los historiadores al origen, los acontecimientos o las instituciones y, más recientemente, a las prácticas sociales y a las representaciones.

Hoy, ya entrado el siglo XXI, los estudios sobre lo urbano y la ciudad han innovado sus temas y perspectivas merced a los llamados “giros” epistemológicos y metodológicos —lingüístico, espacial, material y cultural—. En particular, el combate culturalista a las generalizaciones y esquematizaciones de los métodos de las ciencias sociales y a la homogeneización de la globalización ha permitido desarrollar innovaciones metodológicas y epistemológicas, a la par que iluminar áreas específicas de la problemática realidad urbana. No obstante, aun dentro de estos enfoques innovadores persiste la tendencia a reducir la ciudad y lo urbano a los epifenómenos de la identidad, la memoria, la representación, la conducta, y las emociones. En esa medida, mantiene su vigencia la invitación lefebvrina a adoptar una mirada transdisciplinar, dialéctica y de síntesis para no perder de vista la totalidad dentro de la cual cabe explicar la realidad urbana.

En lo que toca a la historia como disciplina interesada en lo urbano y la ciudad, ya desde la década de 1960 los historiadores del mundo anglosajón insistieron en la autonomía de la ciudad y de lo urbano como campo de estudio que exigía un método inter y transdisciplinario, distinto al de la historia social o económica, porque su interés central era explicar los conflictos y los problemas de una sociedad crecientemente urbanizada.

Como resultado de ello surgió una nueva historia urbana que se fijó como horizonte de estudio no hacer monografías urbanas ni todo aquello que ocurría en las ciudades, sino el conflictivo proceso de producción de la ciudad y de la vida urbana, lo cual significaba abandonar la concepción de la ciudad como lugar o escenario de la

historia e integrarlo como causa y resultado del conflicto histórico-social que moldea a las sociedades contemporáneas.

En México la trayectoria historiográfica que ha tenido la ciudad muestra la inclinación de los historiadores a interpretarla como un espacio o fenómeno subsidiario de prácticas institucionales, sociales, políticas y, más recientemente, culturales. Los intentos por situar a la ciudad y lo urbano en el centro de interés de una nueva historia —si bien dieron algunos frutos— no perduraron y hoy día adolecemos de una historiografía propiamente urbana en medio de un mercado que se disputan la historia social y la historia cultural.<sup>1</sup>

Frente a este panorama, y con el ánimo de contribuir a su discusión, convoqué a varios colegas historiadores —cuyos campos y temas de estudio están al margen de la historia urbana o de la ciudad como objeto de estudio— a que pensarán la ciudad y lo urbano desde sus propias perspectivas como historiadores del mito, del mundo indígena, del arte, de la sociedad y de la economía, y a que ensayaran darle a la ciudad o a lo urbano un lugar central en sus interpretaciones.

El resultado son las ocho historias reunidas en este libro, casi todas dedicadas o relacionadas con la ciudad de México en una temporalidad que abarca desde tiempos del Posclásico hasta la colosal, incierta, “odiosa e imprescindible” —como diría Efraín Huerta— megalópolis capitalina del siglo XX, y con temáticas y perspectivas analíticas que hacen eco de la recomendación lefebvriana: un relativismo metodológico y un pluralismo epistemológico.

En dichas historias se combinan temas, análisis y fuentes propias de disciplinas diversas —semiología, economía política, urbanismo, arquitectura, historia del arte, estética y antropología— desde las cuales se busca desentrañar la trama y la urdimbre de las relaciones entre espacio y sociedad en la historia de la ciudad. Así, el lector puede acercarse a la interpretación de mitos, símbolos, discursos, espacios y rituales públicos, relaciones de poder y espacios

<sup>1</sup> Una reseña y una discusión sobre la trayectoria de la historia urbana en México puede verse en mi texto: “La historia urbana en México: crítica de una historiografía inexistente”, en Héctor Quiroz y Esther Maya (eds.), *Urbanismo: temas y tendencias*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Arquitectura, 2012.

públicos, prácticas mercantiles y espacio público, ideologías políticas y emplazamientos urbanísticos, espacialidades étnicas, imágenes y representaciones ecoestéticas, que en su conjunto permiten obtener tanto una perspectiva novedosa como claves para la comprensión de la historia de la ciudad de México, tan fervorosa como noble; festivamente tumultuosa como cruelmente indiferente; turbia, sucia, desequilibrada como disipada y luminosa; precisa como incierta e inaccesible.

Jaime Echeverría, en “La ciudad vista desde la periferia entre los nahuas del Posclásico”, interpreta las concepciones sobre la ciudad entre los nahuas del periodo posclásico (900-1000 a 1521 d. C.) y propone que el carácter de las fuentes que las revelan obliga a concebirlas en términos simbólicos.

Así, reconoce que la ciudad aparece definida con base en oposiciones simbólicas que remiten al predominio del modo de civilización que representaba ésta sobre individuos y espacios que, fuera de ella, encarnaban realidades opuestas. En tal sentido, en la ciudad se proyectaban los valores atribuidos al hombre y las características ideales que definían su cultura, mientras que aquellos otros valores antagónicos eran asociados con el espacio exterior a sus fronteras. La ciudad entonces simbolizaba seguridad e identificación, regocijo, protección de la divinidad, relaciones de comunidad y un orden general. En cambio, la periferia era asociada con los espacios agrestes y deshabitados, con los asentamientos de pueblos que no hablaban el náhuatl, con el peligro, el terror, el salvajismo y la soledad, a la vez que con la carencia del maíz y lo extraño.

Partiendo del reconocimiento de que en la cosmología mexicana no cabía la distinción entre mito e historia, y mediante un análisis crítico del valor epistemológico y heurístico de antiguas fuentes indígenas, en “La fundación de México-Tenochtitlan. El mito y la historia”, Patrick Johansson desarrolla una interpretación del mito de fundación de la ciudad mexicana. Así, Johansson pone en tensión los hechos del mito y de la historia, y busca dar respuesta a las cuestiones: ¿dónde termina el mito y dónde comienza la historia en el nacimiento de una nación?, ¿cuál es el hecho o acontecimiento específico que consagra este comienzo en una cultura que no establecía una diferencia entre lo que concebimos como mito y la historia?



Las corporaciones —una de las instancias institucionales que estructuraban a las sociedades de Antiguo Régimen, como la de Nueva España—, y sus espacios de actuación y representación, son analizadas por Antonio Rubial García en su trabajo “Los cuerpos de la fiesta. Las corporaciones de españoles de la ciudad de México en la era barroca y sus aparatos de representación”.

Rubial García da cuenta del sentido y el significado político de las representaciones desplegadas en edificios y fiestas durante la edad de oro de las corporaciones (siglo XVIII) —a través de estandartes, galardones, escudos, imágenes de santos y vestimentas— con las que cada corporación producía sus propios sistemas simbólicos que le servían como aparatos de representación hacia el exterior y como signos de identidad hacia el interior. De este modo, los espacios de la ciudad y sus usos simbólicos sustentaron la teatralización, la apariencia y el boato externo como instrumentos para hacer visible algo tan abstracto como el poder, la autoridad y las instituciones.

Bajo la premisa de que el propósito de la historia urbana es identificar las complejas interacciones entre procesos sociales y el espacio —sus usos, su diseño y sus representaciones—, en “La plaza como dispositivo político. Espacio y poder en la Plaza Mayor de la ciudad de México durante el siglo XVIII”, Gustavo Toris analiza la plaza como un dispositivo arquitectónico capaz de generar y articular —en términos fácticos, no sólo simbólicos— relaciones de poder y, desde éstas, dinámicas socioespaciales. Así, la Plaza Mayor de la capital virreinal y sus transformaciones urbanísticas no son sin más un símbolo del poder creciente de la monarquía y del Estado moderno frente a las corporaciones, algo en lo que ha insistido la historiografía previa, sino un efectivo e indispensable instrumento de ese poder en tanto que sus estrategias simbólicas se sostenían en intervenciones urbano-arquitectónicas capaces de modelar la experiencia de la modernidad o, dicho de otra manera, las dinámicas socioespaciales entre los habitantes de la ciudad novohispana, en un periodo donde el poder de la monarquía y las relaciones con sus súbditos se redefinían bajo el influjo de las ideas modernas.

A su vez Gisela Moncada trata de dilucidar los conflictos entre la autoridad municipal y los vendedores de alimentos en las calles de la ciudad de México durante la primera república federal, inda-

gando la naturaleza urbano-espacial de los mismos. En “Conflicto social y espacio urbano en el comercio de alimentos en la ciudad de México, 1824-1835” sostiene que en la base de dicha conflictividad existió una disputa en torno al uso del espacio urbano, nacida de una concepción encontrada sobre el sentido y la función pública de éste. Moncada demuestra que, para las nuevas autoridades republicanas de la ciudad, el espacio público debía ofrecer recursos fiscales y, al mismo tiempo, en él debían cumplirse los principios e imperativos de la buena policía y del orden social al que aspiraba el nuevo régimen republicano, una concepción y una pretensión que lo emparentaban con los propósitos de los reformadores ilustrados. En cambio, para los comerciantes el espacio urbano significaba el lugar de realización de sus intereses y, en menor medida, el lugar para fundar el nuevo orden social al que aspiraban aquéllas.

De esta manera, la regulación del comercio de alimentos como un problema inserto en la historia urbana invita no sólo a la reflexión sobre el conflicto por el uso del espacio público entre la municipalidad y los comerciantes, sino que complejiza esta relación y posibilita nuevas explicaciones de la conflictividad política que vivió la capital mexicana en esos años. En ese sentido, la fiscalización y reglamentación del comercio urbano deja de ser una simple práctica administrativa y se convierte en la expresión de una conflictividad social arraigada en la defensa de intereses económicos y políticos que tienen en el uso y control del espacio una de sus firmes bases.

En mi ensayo “*Por mi raza hablará la metrópoli: universidad, ciudad, urbanismo y poder en la construcción de Ciudad Universitaria, 1929-1952*” parto de la premisa de que, desde su concepción hasta su materialización, la Ciudad Universitaria cabe ser interpretada en diversos contextos y no únicamente restringiéndose a su valor urbanístico, arquitectónico y educativo. Posee además significados urbanos, políticos, sociales y culturales que sólo pueden ser develados si replanteamos el modo de interpretar las obras arquitectónicas y urbanísticas. En tal sentido, en el contexto de la historia de las relaciones de la Universidad con el Estado mexicano y de la urbanización de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XX, la edificación de la Ciudad Universitaria significó el rompimiento espacial con

la tradición científico-positivista para, en su lugar, impulsar la ciencia experimental que exigía espacios funcionales e iluminados. Asimismo, la renovación arquitectónica y el reordenamiento urbano de las instalaciones universitarias fueron también un medio destinado a disciplinar al estudiantado y a recomponer el prestigio y la utilidad de la Universidad como instrumento de superación personal y de progreso científico nacional. Representó también, luego de sus desencuentros, la alianza de las elites gobernantes y universitarias para la reafirmación de la educación universitaria y del conocimiento científico como los instrumentos con que el Estado posrevolucionario se proponía redimir del atraso a la sociedad mexicana y colocarla en la vía de su modernización y del progreso. Y significó también la continuidad de un orden socioespacial excluyente en el contexto de la acelerada urbanización de la ciudad de México.

“Pensando los indígenas urbanos y las ciudades indígenas en América”, de Federico Navarrete, constituye un texto con una perspectiva comparativa que abarca temporalmente los siglos XVI a XXI, y a partir de la categoría gramsciana de “hegemonía”, aplicada al estudio de las relaciones interétnicas, analiza las ciudades indígenas y los indígenas urbanos de América para comprender la razón de que en algunas de ellas, como la ciudad de México, los indígenas sean invisibilizados pese a su fuerte presencia, mientras que en otras —como El Cuzco, Tlaxcala, Juchitán, Otavalo y Quetzaltenango— han adquirido una alta visibilidad. Navarrete considera los resultados de sus análisis como un esbozo de lo que podría ser la historia de las relaciones interétnicas en las ciudades, que pone al descubierto la pretendida “relación negativa entre indígenas y ciudades, o más bien la percepción que hemos construido al respecto, así como la obviedad histórica de este modelo de exclusión”, por el cual los habitantes de las ciudades y también los propios antropólogos e historiadores asumen que “‘lo indio’, para ser realmente indígena, no puede ser urbano y que lo urbano, para ser realmente urbano, no puede ser indígena”.

Situado en la comprensión compleja y transdisciplinaria de la ciudad como fuente y objeto de estudio, Peter Krieger desarrolla valiosas advertencias conceptuales dirigidas al historiador urbano interesado en adentrarse en la historia ambiental y estética de la

ciudad de México. En “Ecohistoria y ecoestética de la megalópolis mexicana: conceptos, problemas y estrategias de investigación”, las nociones de nostalgia, equilibrio, evolución, estética, paisaje, compensación y sustentabilidad son sujetas por Krieger a un crítico e informado análisis a la luz del potencial y los riesgos epistemológicos de su uso para comprender y explicar la complejidad de la ciudad, en particular la realidad megalopolitana de la capital mexicana en sus dimensiones estéticas y ambientales. Las reacciones nostálgicas frente a las imágenes del pasado urbano, la descontextualización, la ficcionalización, las visiones románticas del medio natural, el biologismo ideológico, la cronofagia y el ilustracionismo como único uso de las imágenes, el odio a la ciudad y el culto a lo salvaje, entre otros son señalados por Krieger como los riesgos epistemológicos y metodológicos en los que cae, y potencialmente puede caer, el historiador que hace de la ciudad su fuente y objeto de estudio.

En resumen, en este libro la ciudad es revelada como una realidad histórica presente en mitos, cosmologías, fiestas y representaciones, edificios, espacios y prácticas públicas, reglamentos y leyes, proyectos urbanísticos, relaciones interétnicas y de poder, ambientes transformados y registros visuales y estéticos, cuyo análisis e interpretación dan cuenta de algunas de las posturas historiográficas con que el historiador se coloca frente a la ciudad.

SERGIO MIRANDA PACHECO